

Rojas cabalgaban por el aire

Nunca sé si los martes van después de los lunes, si tengo la cabeza sobre la panza, si vivo en el norte o en el este, si pienso luego existo o bailo luego soy. Pero sé que tal vez, que a lo mejor.

Todo sucedió una tarde en la que caminaba por la playa, justo a la hora en la que el sol se zambulle dentro del mar y la luz no se decide a irse a dormir. Las vi llegar de océano adentro, montadas en sus escobas, volando muy cerca de la superficie del agua, con estrellas en los pies. Encaramadas sobre la cresta de una ola, cayeron con destreza en la arena a pocos metros de mí. Ellas se quedaron muy quietecitas mirándome. Me froté los ojos: ahí estaban, a la espera. Me acerqué despacio, temiendo que se marchasen antes de que las pudiese tocar.

Eran cuatro niñas, blancas como el interior de los caracoles, vestidas con falditas rojas. Todas tenían el mismo corte de pelo: largo hasta los hombros y un fleco que les tapaba las cejas; todas, en los ojos un chisporroteo como el de las luces de bengala; todas, con las narices empapadas de pecas. No reían, pero me contagiaron su alegría. No sé por qué las cogí de la mano y me las llevé a casa, así nada más, sin una palabra. Las escobitas nos seguían prudentemente, flotando a ras de la arena. A medida que caminábamos las niñas crecían poco a poco. No me sorprendió, me había puesto un impermeable en la razón: para qué pensar si de nada sirve.

Creo que la cabaña está al final

de la playa, encima de un peñasco o abajo, o sobre la espuma. Es sólo un cuarto en forma de estrella con tres paredes de viento y un bajo techo de nube. Al colchón le gusta vagar de punta a punta, con el tucán al lado. Me llegó un día brumoso, le gustó el lugar y se quedó. Ahora se ha vuelto mi amigo. En lo oscuro se encienden las luciérnagas que me ayudan a leer palmeras y a escribir deseos en el tiempo. En la playa hay una tina natural en donde me suelo recostar para bañarme con el agua que se estanca entre las rocas y me da masaje. Voy ahí cuando me anda ganando la vida y ya no me puedo encontrar. Ahí me parcho y me remiendo. Me parece que está cerca de Andango, una aldea de pescadores que deben ser invisibles pues sólo oigo sus voces y distingo los puntos amarillos de sus barcas en la noche.

Al llegar a casa ya todas tenían cintura y curvas en las caderas. Les enseñé mi tina y se les antojó bañarse de inmediato. Se desabotonaron las faldas dejando que resbalaran por sus piernas. Una me quitó la camiseta, otra los shorts. Yo nunca había hecho el amor, si es que así se le puede llamar a lo que hicimos, con cuatro mujeres. Las escobas se enojaron y se fueron a esconder en la arena. Todas me empezaron a acariciar al mismo tiempo, la tina se llenó de pechos, manojos de suspiros, clítoris y muslos. Crecían como la marea, ágiles con olores de lavanda y jabalí. Nuestras lenguas



buscaban ondulaciones, paredes rosas y mis dedos descubrían el gusto de meterse en lugares ajenos y cálidos. Sus uñas recorriendo mi espalda, haciéndome cosquillas. Ocho manos hábiles y exigentes despertaban a mis esperanzas. Eramos como el zodiaco, círculos dentro de otros círculos, girando veloces en la noche oscura. El vaivén de las olas dentro del estanque nos metía arena en los oídos y en el pelo. Con mis yemas y los ojos cerrados exploraba sus pieles tan suaves como duraznos, para encontrar depresiones y detenerse en redondeces. Sus cuerpos húmedos me envolvían colgándome sus ansiedades. Me regalaron mil cumbres y barrancos. Yo no quería que terminara ese nuevo deleite, esa angustia.

Justo antes de que el cielo se aurorara ellas cambiaron el ritmo de sus movimientos. Dejándome sumergida en la arena se pusieron de pie. De pronto se hicieron pequeñas, pequeñas, pequeñas. Y se marcharon, montadas en sus escobas, cabalgando espirales. Las vi partir cielo adentro.

Cuando el sol apareció, en el espacio mojado, estaba todo el universo ahí, en derredor mío.

*Mexicana, integrante del taller literario de Elena Poniatowska.